

Los nuevos retos en la sexualidad de los adolescentes

Bruno José Nievas Soriano
Sonia García Duarte

Tanto la sexualidad como la adolescencia son dos aspectos indisolubles del ser humano. La primera es una parte de nuestra identidad (Organización Mundial de la Salud, 2006), mientras que la segunda es una etapa de nuestro desarrollo (Arguelles, 2014). Ambas se caracterizan por su complejidad y su inevitabilidad. Nadie puede evitarlas y pocas personas, o probablemente nadie, puede asociar la palabra «sencillo» a ninguno de esos dos conceptos. Por eso es lógico pensar que, cuando ambos coinciden en el tiempo, la complejidad aumenta de forma exponencial, como cualquier profesional sanitario, educador o padre conoce perfectamente.

Pero no son estos quienes sufren las últimas consecuencias de las complejidades que se generan en el desarrollo sexual de los adolescentes, sino los propios adolescentes. Estos no son otra cosa, al fin y al cabo, que individuos que hasta hace poco eran tan solo niños, siendo sus mayores preocupaciones tener que madrugar para ir colegio, discutir con sus padres por querer merendar un bocata de Nocilla o poder jugar un rato más antes de irse a dormir. Sin embargo, esa etapa por desgracia queda atrás y es sustituida por otra donde surgen cambios físicos, psicológicos y sociales. El cuerpo madura, en muchas ocasiones mucho más rápido que la mente, otorgando cuerpos de adulto a chicos que en muchas ocasiones siguen teniendo una mentalidad completamente infantil. Esto, junto a un enorme desarrollo de la personalidad y una mayor reactividad al entorno, genera una batalla psicológica que el adolescente deberá superar apoyándose en una madurez que en muchos casos tarda demasiado en llegar (Olesen et al., 2011). Por último, su edad cronológica (que no mental) genera que la sociedad les atribuya responsabilidades y preocupaciones mucho más propias de los adultos.

Todos estos cambios se reflejan en absolutamente todos sus comportamientos de forma que, cuando se juntan con las complejidades del desarrollo sexual, se genera un caldo de cultivo de problemas, incluso para esos adolescentes que aparentemente no tienen problemas, dado que esto último en realidad no existe: no todas las familias viven de igual forma el desarrollo sexual de sus hijos e hijas, y todos los adolescentes han de aceptar esos cambios que se producen a todos los niveles y que determinan su rol en el momento en que se producen y en el futuro.

Todo esto además se ve acompañado de las complejidades inherentes a la sociedad en el momento en que se produce dicho cambio. En nuestra sociedad actual, si bien está razonablemente definida como la sociedad del bienestar, también adolece de una serie de complejidades que, si generan ansiedad en los adultos, indudablemente suponen un reto en la adolescencia. Uno de los mayores retos de nuestra sociedad, auto definida como «avanzada» (nótese el entrecomillado), sigue siendo la violencia: el uso deliberado de la fuerza física o el poder, en grado de amenaza o efectivo, que cause o pueda causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones. Por tanto, resulta difícil de creer que nos veamos a nosotros mismos como la especie más «inteligente» del planeta (nótese de nuevo el entrecomillado). Y, sin embargo, sigamos matándonos entre nosotros, especialmente cuando algo en una relación de pareja no sale bien.

Cualquier observador externo, viendo las cifras de violencia de nuestro entorno, y especialmente las relacionadas con la violencia de género, sin duda concluiría que somos una especie a la que queda aún demasiado tiempo para considerarse «inteligente» o «avanzada». Más difícil de creer resulta, por tanto, que la violencia entre parejas adolescentes pueda ser hasta tres veces más frecuente que en los adultos (Pazos, 2014). En este sentido, cabría preguntarse por qué sucede esto, por qué los adolescentes creen que pueden agredirse entre ellos o, lo que es peor, por qué muchos piensan que esa actitud es normal, que resulta impune, o que incluso no sean conscientes del daño que generan, que probablemente sea lo más grave de todo. Este es un asunto preocupante y que debe ser considerado de forma urgente, porque a nadie puede olvidársele que el adolescente agresor terminará siendo un adulto agresor.

Uno de los factores que indudablemente está influyendo en esta violencia entre adolescentes, e incluso podría ser causal, es el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) (Durán y Rodríguez,

2020). Estas tecnologías facilitan una comunicación que antes era mucho más complicada y debía ser realizada cara a cara o, como mucho, mediante teléfonos fijos. Eso permitía que los contactos entre adolescentes fueran más personales y estuvieran más controlados. Ahora, miles de chavales pueden contactar entre ellos con suma facilidad, incluso sin conocerse de nada, a través de las denominadas redes sociales, pero también las aplicaciones de mensajería. Muchas de ellas, diseñadas para mantener el anonimato o incluso borrar los mensajes una vez que han sido leídos, con el fin de no dejar rastro. Esta falsa cercanía, asociada al anonimato, genera que al igual que de forma anónima cualquiera puede criticar un producto, un servicio o incluso una persona en cualquier foro de Internet, los adolescentes puedan hacer lo mismo, salvo que, dada esa inmadurez descrita antes, puedan ir varios pasos más allá: controlando y asfixiando psicológica y socialmente a sus parejas, o bien extorsionándolas o hasta abusando de ellas, incluso a distancia (Henry y Flynn, 2019).

Ser nativo digital, es decir, haber nacido en la era digital, con la presencia de Internet, tecnología y dispositivos digitales, no es lo mismo que ser competente digital. Los adolescentes de nuestra sociedad actual han nacido en un entorno completamente digitalizado y con Internet como algo cotidiano. Sin embargo, que dispongan de esa tecnología en las palmas de sus manos, mediante smartphones de precios desorbitados que sus padres compren sin contemplar en muchos de los casos ninguno de los riesgos que poseen, no significa que sepan usarla. Igual que muchos padres no dejarían una pistola para que su hijo de trece años se fuera a jugar a disparar con ella a latas en el parque, resulta sorprendente que sí les pongan en la mano dispositivos con los que pueden hacer mucho daño a los demás, e incluso a sí mismos, sin advertirles de los riesgos que conlleva su uso. Probablemente, porque muchos de esos padres son desconocedores de esos riesgos y del concepto de responsabilidad.

El otro gran reto al que se enfrentan los adolescentes, y que se entreteje de forma indisoluble tanto con la violencia como con el uso inadecuado de las TIC, es la multiculturalidad. Esta ha aumentado de forma significativa en los últimos años en nuestra sociedad, y lo seguirá haciendo, y probablemente en mayor medida, dados los retos a los que se enfrenta la población mundial, como las guerras o el cambio climático. La multiculturalidad de por sí no es un problema, más bien al contrario: cualquier persona con un mínimo de madurez entiende que la multiculturalidad es beneficiosa

para una sociedad, dado que la disparidad de opiniones, puntos de vista, conocimientos y culturas siempre enriquece a quienes se favorecen del intercambio de ideas. Desgraciadamente, la historia nos ha demostrado en múltiples ocasiones que la multiculturalidad no siempre es bien entendida por el hombre, ese ser que probablemente no es tan «inteligente» como se cree. Esto ha ocasionado que, cuando una cultura se consideraba superior a la otra, en demasiadas ocasiones ha terminado en consecuencias desastrosas para ambas culturas, no solo la considerada como inferior.

Esto es lo que puede suceder a menor escala cuando los adolescentes, debido a esa disparidad entre el desarrollo físico y mental, pueden no entender correctamente las ideas inherentes a otras culturas. Sobre todo, cuando estas ideas giran en torno a un tema tan delicado como es el desarrollo de la sexualidad, donde los adolescentes, aparte de sus propias ideas y creencias individuales, pueden poseer creencias culturales muy arraigadas que choquen de forma directa con las de otras culturas (Fernández Ríos, Rodríguez Franco, Molleda & Rodríguez, 2015). Cuando este choque de ideas arraigadas en culturas o religiones se ve en chicos con cuerpos de adultos, pero con un arraigo psicológico y social mucho menos desarrollado, es fuente de conflicto. La violencia generada por estos conflictos puede suceder a nivel personal, con riesgo de adicciones, autolesiones o suicidio, como a nivel de pareja, o incluso social, pudiendo generarse conflictos como los que por desgracia en ocasiones vemos en las noticias, en los que un adolescente comete actos atroces contra sus iguales.

Esta obra muestra, a lo largo de diez capítulos, una serie de textos basados en trabajos científicos que muestran aspectos relacionados con estos retos de la sexualidad de los adolescentes: la violencia, la tecnología digital y la multiculturalidad. El primer capítulo es una introducción a estos problemas, y los dos siguientes muestran los marcos teórico y metodológico. En cada uno de los capítulos siguientes se muestran los hallazgos fundamentales de los diferentes trabajos y, finalmente, se muestran las conclusiones que se obtienen en relación con estos nuevos retos: la violencia, la tecnología digital y la multiculturalidad.

Esta obra nace porque es imprescindible, casi una obligación para aquellos que se dedican a las ciencias de la salud, y especialmente a la investigación, proponer estudiar estos fenómenos, con el fin de otorgar herramientas a sanitarios, educadores, padres y los propios adolescentes, para que puedan afrontar —porque hay que afrontarlos— estos retos in-

disolubles de su desarrollo como personas. Esta obra pretende por tanto estudiar estos retos, desmenuzarlos, analizarlos y reconstruirlos para ofrecer una mayor comprensión y, sobre todo, herramientas y esperanza, sobre todo esperanza, para lograr contribuir a generar una sociedad mejor. Una sociedad que, con este grano de arena, esta gota de agua, en algún futuro no muy lejano pueda realmente denominarse «avanzada» e incluso «inteligente». Es una tarea difícil, pero, como todas las tareas difíciles, siempre comienza con un simple paso.

Referencias

- Arguelles, M. E. (2014). Violencia en el noviazgo adolescente. (Tesis doctoral) Universidad de Carabobo, Venezuela. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7022081.pdf>
- Durán, M. y Rodríguez, C. (2020). Social perception of situations of sexual cyberviolence: The role of sexist attitudes and the victim's transgression of gender roles. *International Journal of Social Psychology*, 35(1), 148-174. doi 10.1080/02134748.2019.1682295
- Fernández Rios, L; Rodríguez Franco, L; Molleda, C & Rodríguez Díaz, F. (2015) Relaciones de Noviazgo en jóvenes. Maltrato y Religión Dating relationships in young. Abuse and Religion. *Infancia, Juventud y Ley*, 6, 44-50.
- Henry, N. y Flynn, A. (2019). Image-Based Sexual Abuse: Online Distribution Channels and Illicit Communities of Support. *Violence Against Women*, 25(16), 1-24. doi: 10.1177/1077801219863881
- Olesen, T. B., y otros (2011). Young age at first intercourse and risk-taking- a study of nearly 65000 women in four Nordic countries. *The European Journal of Public Health*, 90, 459-467.
- Organización Mundial de la Salud (2006). Sexual and reproductive health. Sexuality Definition. Recuperado de: http://www.who.int/reproductivehealth/topics/sexual_health/sh_definitions/en/
- Pazos, M., Oliva, A., & Hernando, A. (2014). Violencia en relaciones de pareja de jóvenes y adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 3(46), 148-159. Recuperado de <https://www.elsevier.es/es-revista-revista-latinoamericana-psicologia-205-articulo-violencia-relaciones-par-aja-jovenes-adolescentes-S0120053414700184>

Violencia, tecnología y multiculturalidad: introducción a los nuevos retos de la sexualidad de los adolescentes

Bruno José Nievas Soriano
Sonia García Duarte
Javier Ramírez Santos

La sexualidad en la adolescencia

La sexualidad humana es una parte compleja e integral de nuestra identidad. Abarca una amplia gama de aspectos como el sexo, la identidad y los roles de género, el erotismo, el placer, la intimidad, la reproducción y la orientación sexual. Nuestra sexualidad está determinada por diversos factores, como las influencias biológicas, psicológicas, sociales, económicas, políticas, culturales, éticas, jurídicas, históricas, religiosas y espirituales. Se expresa a través de nuestros pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, comportamientos, prácticas, roles y relaciones interpersonales. (Organización Mundial de la Salud, 2006). El acto de hablar de sexualidad implica reconocer la experiencia humana fundamental de ser sexual, que forma parte de nuestra evolución natural y hace que cada individuo sea único. (Lucas, 2009).

La adolescencia consiste en un período del desarrollo humano en el que los jóvenes comienzan a construir su identidad y donde surgen expectativas sobre su futuro. En esta etapa puede surgir la inseguridad y la necesidad de aprobación (Arguelles, 2014; Pazos Gómez, Oliva Delgado & Hernando Gómez, 2014). Por tanto, supone un período de transición y su duración es variable. Está marcada por cambios independientes en el cuerpo, en la mente y en las relaciones sexuales, y según la etapa de desarrollo humano, tiene un comienzo biológico y un fin psicológico y cultural (Carrasco y Salvador, 2011, p. 130).

Durante la adolescencia las personas comienzan a sentirse atraídos por otras y abren un abanico de conductas dirigidas al cortejo y seducción (García Sedeño & García Tejera 2013). Es algo innato del ser humano. Cada etapa de la vida influye en el desarrollo sexual, pero será en la etapa adolescente, entre los 10 y 19 años, con la continuidad de la búsqueda y configuración de la identidad propia (Sáez, 2007) donde se creen más inquietudes y curiosidades sexuales. En esta etapa se inician las primeras relaciones sexuales (Olesen et al., 2011).

Las personas, en todas las etapas de su vida, aprenden e interiorizan valores, actitudes, comportamientos y expectativas de la sociedad en la que viven al interactuar con otras personas (Giddens, 2001; Seligman, 1981). Los seres humanos construyen su identidad a través de los procesos de socialización, incorporando los comportamientos, las características y los roles que la sociedad atribuye a los individuos en función de su sexo (Rouyer, Mieyaa y le Blanc, 2014). Las habilidades sociales son esenciales por su dimensión relacional y por su influencia en el adolescente. Pueden actuar como un factor protector y constituyen un recurso en la adolescencia temprana que podría protegerles de posibles abusos (Gutiérrez Carmona, López & Expósito 2015). Las relaciones de los adolescentes se ven influidas por la autoestima, la satisfacción emocional y la satisfacción con la vida (Wang et al 2013).

La información que reciben los adolescentes acerca de la sexualidad en esta etapa es tan importante que supone el bagaje con el que se van a enfrentar a este período transformador (Romero de Castilla et al., 2001). Numerosos autores han recalcado la importancia de la educación sexual, siendo fundamentales los programas de prevención (De La Villa et al. 2017; Sesma; 2009).

En España, diferentes pero tímidos intentos de implantación de la educación sexual integral en la enseñanza no han logrado buenos resultados, históricamente. Esto se debe a que las varias leyes de educación promulgadas en este sentido no han logrado definir de forma específica el espacio que necesita la educación sexual en el sistema educativo. Desde 1980, comunidades autónomas como Andalucía o Asturias han realizado iniciativas con programas, cursos y publicaciones relacionadas con la educación sexual. Aun con los avances realizados en los últimos cuarenta años, sigue siendo necesario impulsar una educación sexual de calidad, demanda cada vez más socialmente y basada en aspectos tan importantes como la igual-

dad de género o la respuesta frente a la violencia de género (Pedreira y Tajahuerce, 2020).

Desde la práctica sexológica se considera el valor de la formación (Lucas y Cabello, 2007) y la necesidad de abordar estrategias sólidas de educación desde la infancia, trabajar desde diferentes ámbitos como los medios de comunicación y potenciar campañas de sensibilización que lleguen a toda la sociedad (Garrido y Barceló, 2019). En esta línea surgen programas de prevención, que tratan de evitar que el problema aparezca o se instaure, dirigidos a la población adolescente para intentar impedir que desarrollen dinámicas abusivas en sus relaciones (Lara y Providell, 2020).

En las aulas, a pesar de contemplarse la sexualidad en el currículo de la Educación Secundaria Obligatoria y el Bachillerato, los jóvenes solo reciben información sobre los componentes biológicos, como el desarrollo corporal o el papel de las hormonas, o cómo se produce la gestación humana. En muchas ocasiones, el objetivo principal de estas sesiones de educación sexual se orienta hacia los peligros que determinadas prácticas sexuales pueden acarrear. Sin embargo, se dejan fuera conceptos como el de la propia sexualidad, qué papel juega en nuestras vidas, o cómo vivimos y ponemos en juego esa capacidad de expresar afectos y comunicar sensaciones (Cerviño et al., 2007).

Los problemas de adolescentes afectados por violencia de pareja se manifiestan como cambios psicológicos, angustia, insatisfacción y descenso de la autoestima, sobre todo en las mujeres (Smith, Cénat, Lapierre, Dion, Hébert & Côté, 2018). De hecho, existe un riesgo de desarrollar ideación suicida, enfermedad mental o trastornos por consumo de sustancias (Beatriz, Lincoln, Alder, Daley, Simmons, Ibeh, Figueroa & Molnar, 2018). Esto fue evidenciado por una encuesta realizada en Nueva York en 2005, donde se constató que el 7,2 % de los chicos y el 11,7 % de las chicas habían cometido uno o más suicidios o intentos de suicidios como consecuencia de haber sufrido violencia psicológica y sexual (Holmes & Sher, 2013).

Se están generando por tanto nuevos retos para los profesionales sanitarios, los educadores y la sociedad en general, en relación con cómo debe abordarse la educación en sexualidad en los adolescentes, en los años futuros. Los retos más relevantes de la sociedad para nuestros adolescentes actuales y futuros son, sin duda alguna, y tal como refieren numerosos autores, la violencia en las relaciones, la irrupción de las nuevas tecnologías y la multiculturalidad.

Violencia en las relaciones entre adolescentes

Aunque socialmente es más común hablar de violencia dentro de la pareja adulta, esta violencia es cada vez es más frecuente a edades más tempranas, presentando un importante incremento en la actualidad de la violencia en parejas adolescentes (Pazos, 2014). Este es un problema no solo actual, sino que repercutirá en los adolescentes que la sufran a lo largo de toda su vida.

La violencia en las relaciones de noviazgo (*Teen dating violence* o TDV) constituye un problema grave independientemente del sexo, edad, raza, orientación sexual, nivel socioeconómico o lugar de residencia, dándose en una frecuencia hasta tres veces superior que en las parejas adultas (Hernando, 2007). Según el Instituto Nacional de Estadística, el 95,3 % de chicas y el 92,8 % de chicos han ejercido esta violencia en alguna ocasión en sus noviazgos. Más sorprendente es el hecho de que un tercio de los adolescentes considera aceptable controlar los horarios de la pareja, impedir que vea a su familia o amistades, vigilarla, no permitir que trabaje o estudie, o decirle las cosas que puede o no puede hacer.

La TDV está por tanto presente entre los adolescentes y en de los centros educativos de secundaria. Desde la década de 1980 es considerada como un problema de salud pública (Valdivia & González, 2014). Un estudio realizado en España a 11.020 jóvenes, realizado por el Observatorio contra la Violencia de Género y Ministerio de Igualdad entre 2008 y 2011, comprobó que 32 % de los adolescentes desarrollaba comportamientos de maltratador y el 23 % había sufrido violencia física en su relación de pareja (Casabona & Tellado, 2012, Sebastián, Verdugo & Ortiz, 2014). Según otros autores, la violencia psicológica ejercida entre las parejas jóvenes en España oscila entre el 4 y 97 % (Garay, González, Carrasco, & Amor, 2017). Estos datos son similares a los de otras partes del mundo. Por ejemplo, Estados Unidos muestra cifras de violencia física entre las parejas adolescentes que oscilan entre el 18 y el 88 % (Wincentak, Connolly & Card, 2017).

La violencia en las relaciones de pareja adolescente puede adoptar diferentes formas y modos. Las conductas violentas pueden ser abusos verbales y emocionales, conductas dominantes y de control, maltrato físico o abuso sexual (Herranz Bellido, 2013). Pero la violencia expresada por las parejas adolescentes cambia en los diferentes grupos de edad. Por ejemplo, los jóvenes de 13 a 15 años ejercen más la violencia física y verbal. También controlan más el móvil a sus parejas o sus redes sociales. Otro estudio mos-

tró que los niveles más altos de violencia psicológica estarían perpetrados por los estudiantes en los dos últimos años de instituto (Fernández-González, O'Leary & Muñoz-Rivas, 2013). Un aspecto diferencial de la TDV con respecto a la de las parejas adultas es que en los adolescentes la violencia es bidireccional: ambos jóvenes se maltratan, se gritan o violentan el uno al otro. Esta conceptualización se ajusta más a la realidad adolescente y juvenil que los que se aplican a las parejas adultas (Espinoza & García Figueroa, 2018).

Aunque las diferencias entre sexos sean pequeñas, hay estudios que refieren que las chicas ejercen la violencia verbal y actitudes celosas que oscilan entre el 18,5 y el 90,3 % frente a los chicos, que muestran el 8,1 y el 83,3 % (Sebastián et al, 2014). Otros estudios defienden que los chicos perpetran más la violencia física y coerción sexual, lo que lleva a situaciones de grave peligro para las parejas jóvenes (Cañete & Novas, 2012, Saldivia, & Vizcarra, 2012). Uno de los mayores problemas de la violencia en parejas adolescentes es que el abuso psicológico a veces es difícil de percibir, a pesar de estar constituido por conductas controladoras que interfieren en la capacidad de decisión y autonomía de los adolescentes (Yugueros, 2012). Los adolescentes tienden a manipular, ganar poder o control sobre la pareja (Hernández & Rodríguez Franco, 2018, Martine, Martin & Francine, 2017).

Por tanto, la violencia es sin duda el principal reto de nuestra sociedad, especialmente cuando se habla de sexualidad en adolescentes, dado que es un problema tan prevalente como poco tratado en la literatura científica e incluso por la propia sociedad en sí. Aunque cinco de los estudios expuestos en esta obra tratan explícitamente la violencia, quedando reflejada esta palabra en el título, los otros dos capítulos también la abordan desde los enfoques del uso de la tecnología y la multiculturalidad. Relación de pareja y violencia son dos conceptos que están demasiado unidos, y esto es algo que la sociedad debe resolver de forma prioritaria.

La tecnología como vehículo de la violencia en adolescentes

Las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) han supuesto una serie de beneficios para la sociedad, aunque en este mismo contexto sociocultural, se han convertido también en herramientas para el ejercicio de la violencia (Durán y Rodríguez, 2020; Henry y Flynn, 2019).

Las posibilidades de ejercicio de violencia, particularmente de tipo sexual, se han expandido y transformado con los avances en las tecnologías.

Así, para comprender el fenómeno de la violencia sexual digital (VSD) resulta fundamental situarlo en el contexto sociocultural patriarcal en el que se desarrolla y sustenta, siendo el mundo digital un nuevo escenario en que el cuerpo de las mujeres se presenta instrumentalizado para el uso sexual de otros, reducido por tanto a la condición de objeto (Aránguez y Olariú, 2021).

La violencia sexual que se ejerce por medio de las TIC es un fenómeno aún hoy poco estudiado, a pesar de que en el mundo un 73 % de las mujeres han experimentado alguna forma de violencia en línea, siendo ellas la población con mayor riesgo de victimización (Cavalcanti y Coutinho, 2019; Durán y Rodríguez, 2020; Organización Mundial de las Naciones Unidas –ONU– Mujeres, 2020).

Las TIC se han convertido en un escenario protagonista en las relaciones humanas, particularmente en la búsqueda de vínculos amorosos, intimidad y sexo (Flach y Deslandes, 2017; Hobbs et al., 2017; Machimbarrrena et al., 2018). Las relaciones íntimas y las relaciones sexuales se han transformado de manera radical frente a la posibilidad de conexión con otros de manera instantánea, permanente y asincrónica (Flach y Deslandes, 2017; Henry et al., 2020). Las TIC brindan un nuevo escenario para el ejercicio constante de reafirmación y exploración de la identidad, en la que la relación con el propio cuerpo y la sexualidad no queda limitada solo al encuentro corporal presencial y genital con otras personas (Ochoa y Aranda, 2020).

La juventud de hoy intercambia contenido sexual a través de los dispositivos electrónicos y se han normalizado este tipo de relaciones (Ochoa, 2020). Esto puede generar efectos de control y violencia por parte de la pareja. La violencia se normaliza en clave de humor a través de las redes sociales, lo que hace que pueda aceptarse más fácilmente sin que parezca dañino. Además, cada vez existe más dependencia de estos dispositivos.

La mayoría de las agresiones a través de redes sociales está asociada con los primeros años de enseñanza de educación secundaria (Buelga, & Pons, 2012; Cutbush, Williams, Miller, Gibbs & Clinton-Sherrod, 2018; Rivas, Roldan, Gimeno & Díaz, 2015). El llamado ciberacoso severo (aquel que se ejerce más de una vez a la semana) es más realizado por los chicos, mientras que el ciberacoso moderado (ejercido menos de una vez a la semana), es efectuado más por las chicas (Garmendia, Garitaonandia, Martínez-Fernández & Casado, 2011).

Por tanto, las TIC son uno de los mayores retos a los que se enfrenta la sociedad en general, y especialmente los profesionales sanitarios, los educadores y los propios protagonistas, cuando nos referimos a los problemas de la sexualidad en adolescentes. Aunque el estudio presentado en el libro se realizó en mujeres mayores de 18 años, prácticamente todas son muy jóvenes y casi con toda seguridad su experiencia es muy aplicable a chicas adolescentes que, con una buena información, como la reflejada en este impactante trabajo, podrían evitar los abusos que estas mujeres sufrieron. Este es sin duda un capítulo desgarrador, por la fuerza emocional de algunos de los comentarios expuestos.

La multiculturalidad como reto social actual

Las particularidades culturales constituyen uno de los mayores retos actuales en sexualidad (Molina y Cabra, 2005): aspectos como los conocimientos, actitudes, percepciones, creencias, etc., que traen consigo los movimientos migratorios y la acogida de población inmigrante adolescente en los institutos suponen un reto para los adolescentes de nuestro entorno. Por ejemplo, en diferentes estudios se ha constatado que los jóvenes inmigrantes tienen más probabilidad que los españoles de sufrir enfermedades de transmisión sexual o embarazos no deseado (Balanzó, Faixedas y Guaya, 2003; Bermúdez, Castro, Madrid y Buela-Casal, 2010).

Por otro lado, la religión está presente en la vida de las personas y forma parte de la formación de la identidad personal. Las creencias religiosas componen las características socioculturales y resaltan los roles de género y de pareja (Armet, 2009, Vermeer, 2014). Según el Observatorio de Pluralismo Religioso, (2013), en España, más del 45 % de la población afirma que la religión es muy sustancial en sus vidas. El 67 % son creyentes y el 57,5 % educarían a sus hijos en la doctrina de una religión. Un estudio, realizado con 6.621 jóvenes españoles de entre 15 y 26 años, resaltó que los estudiantes que practicaban la religión sufrían TDV con prevalencia desde el 3,76 y 74 %, frente a los estudiantes que no eran creyentes que manifestaban una prevalencia desde el 4,11 y 83 % (Fernández Ríos, Rodríguez Franco, Molleda & Rodríguez, 2015).

Los movimientos migratorios y la expresión de diferentes ideas religiosas, culturales o sociales favorecen indudablemente la diversidad. Pero también pueden suponer un reto a la hora de las relaciones entre adolescentes. La sexualidad es percibida de diferentes formas en función de

factores sociales y culturales muy diversos (Organización Mundial de la Salud, 2006; Carrasco y Salvador, 2011, p. 130), y esto puede generar conflicto cuando la percepción es diferente dentro de la propia pareja o incluso entre diferentes grupos culturales, sociales o étnicos. Por tanto, la multiculturalidad, indudablemente enriquecedora para cualquier sociedad, puede plantear otro de los grandes retos a valorar en torno a la sexualidad de los adolescentes. En el último estudio que se presenta en esta obra las autoras muestran una serie de revelaciones relevantes, algunas sorprendentes, y sobre todo trasladan de forma ejemplar las dificultades que existen para abordar este tema tan complejo como presente en nuestra sociedad.

Por todo lo expuesto, el objetivo principal de esta obra es ofrecer una perspectiva de los tres grandes retos de la sexualidad en adolescentes en nuestra sociedad actual: la violencia, el uso de las tecnologías digitales y la multiculturalidad. Lograr comprender estos tres grandes retos sin duda supondría un paso de gigante para plantear cómo afrontar los posibles problemas que afrontarán los adolescentes en los próximos años. Estos adolescentes actuales y futuros son no solo el futuro de nuestra sociedad, sino también nuestros hijos, sobrinos y seres queridos. Es nuestra obligación, por tanto, ayudarles con estos problemas, de los que en gran parte nosotros somos responsables.

Referencias

- Ackerman, D. (2000). Una historia natural del amor. Anagrama.
- Aránguez, T. y Olariú, O. (2021). Feminismo Digital. Violencia contra las mujeres y brecha sexista en internet. Madrid: Dykinson S.L.
- Arguelles, M. E. (2014). Violencia en el noviazgo adolescente. (Tesis doctoral) Universidad de Carabobo, Venezuela. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7022081.pdf>
- Armet, S. (2009). Religious socialization and identity formation of adolescents in high tension religions. *Review of Religious Research*, 50, 277-29.
- Balanzó, X., Faixedas, M. T., y Guayta, R. (2003). Els immigrants i la seva salut. *Quaderns de la bona praxi*, 16 (3), 5-13.
- Ballesteros D., E. (2016). Circulación de memes en WhatsApp: Ambivalencias del humor desde la perspectiva de género. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 35, 21-45. <https://doi.org/10.5944/empiria.35.2016.17167>.
- Beatriz, E.D; Lincoln, A.K; Alder, J; Daley, N; Simmons, F; Ibeh, K; Figueroa, C & Molnar, B.E. (2018). Evaluation of a Teen Dating Violence Prevention Intervention among Urban Middle-School Youth Using Youth Participatory Action Research: Lessons Learned from Start Strong Boston. *Journal of Family Violence* 33, 563-578.
- Bermúdez, M.P, Castro, A., Madrid, J. y Buela – Casal, G. (2010). Conducta sexual de adolescentes autóctonos e inmigrantes. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 10 (1), 89-103.
- Bonilla, E., Rivas, E., y Vázquez, J. (2017). Tolerancia y justificación de la violencia en relaciones de pareja adolescentes. *Apuntes de Psicología*, 35 (1), 55-61.
- Bosch, E., Ferrer, V., Navarro, C. y Ferreiro, V. (2012). La violencia contra las mujeres: el amor como coartada. *Antrophos*. En prensa.
- Buelga, S & Pons J.(2012). Agresiones entre Adolescentes a través del Teléfono Móvil y de Internet *Aggressions among Adolescents through Mobile Phones and the Internet. Psychosocial Intervention*, 21(1), 91-101.